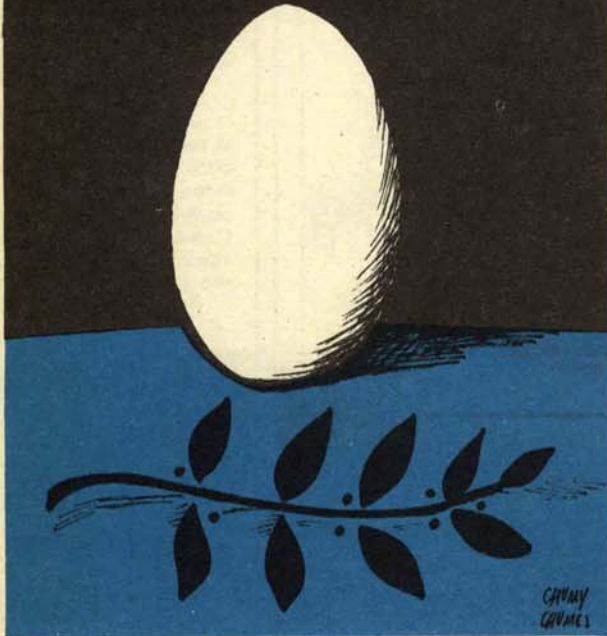


INFANCIAS FAMOSAS

—El huevo de la paz,
antes de ser
la paloma de la paz.



Los autocares se detuvieron ante la fachada principal del cementerio de Monte de Volschi. Las portezuelas se abrieron y comenzaron a descender ordenadamente las quinientas viudas que constituían su cargamento. De todos los brazos pendía un idéntico bolso negro, regalo de los organizadores, con una inscripción conmemorativa: Día de la Viuda de la Tercera Guerra Mundial.

La larga comitiva penetró en el recinto y, guiada por el presidente del Comité y sus damas de honor, avanzó en dirección al monumento que iba a ser inaugurado en aquella solemne ocasión.

Marinetto, hijo menor de la señora Frosinone, se entretenía golpeando las tabas de las viudas de la segunda guerra mundial con el martillo de zapadores, herencia de su extinto padre. La obra arquitecto-escultórica había sido sufragada por las más importantes fábricas aliadas de material bélico. El tema del monumento era realmente sobrecogedor: sobre veinte proyectiles de artillería de gran

YO TE INAUGURO

calibre, una madre elevaba en ofrenda a su hijo abierto de piernas en señal de incondicional entrega.

A una señal del jefe de ceremonias, las viudas procedieron a la apertura manual de las bolsas, y con no excesivo entusiasmo se fueron colocando las luctuosas bandas, ramilletes de flores y sombreros que la casa Salvatori de Mirini había creado en exclusiva para aquella ceremonia.

El presidente se encaramó solemnemente a su estrado, y tras tirar con energía de los puños de su camisa y arrancarse uno de ellos, inició su alocución: «Nos hemos reunido hoy no para recordar, sino para algo mucho más hermoso: para impedir el olvido». Marinetto se zafó de la férrea tenaza materna y se encaramó al monumento, martillo de zapadores en ristre. El mantenedor prosiguió su

vibrante alocución, ajeno a la infantil escalada. «Al principio creímos que este inmenso conflicto bélico iba a resultar estéril, pero ya veis que no; once millones de víctimas constituyen la mejor prueba del éxito de la contienda. ¡Qué solos nos quedamos los vivos! —gritó, emocionado—. Sé que a todas os hubiera gustado reuniros con ellos, pero sólo la Providencia nos podrá depurar algún día tan inmensa dicha». La Providencia, tomando cuerpo en Marinetto, hijo menor de la señora Frosinone, descargó el martillo de zapadores contra el fulminante providencialmente en servicio, de uno de los veinte proyectiles de gran calibre. ¡Qué espectáculo! Las quinientas viudas, el presidente y las damas de honor y el jefe de ceremonias corrieron a reunirse con los once millones restantes. Marinetto, martillo de zapadores al hombro, volaba alto, muy alto, sin comprender la desacomunada brevedad del solemne acto de aquel año.

SIR THOMAS

SOLIDARIDAD NOCTURNA

El locutor ponía entonces su voz más sentimental:

—Ya, señores, amigos que me escucháis, sólo nos faltan tres mil pesetas. Tres mil pesetas que usted, señor que ahora me está escuchando quién sabe si por casualidad, porque regresa del trabajo a su casa y va muy cansado, y que a lo mejor se ríe de nosotros, podría dar sin que le supusieran ninguna dificultad económica.

Después sonaba un teléfono y hablaba una señora con una voz muy chillona y nerviosa, que acababa saludando a todos aquellos señores de la radio locamente, porque todos eran muy simpáticos y tenían un corazón la mar de grande.

Luego hacían una conexión con una emisora móvil, y se oían ruidos de coches, y un señor decía que otro al que le hacía muchas preguntas era taxista, y que daba para el programa la recaudación del día.

Pero por muchas palabras que dijeran, no se llegaban a cubrir las tres mil pesetas que faltaban. Y volvía otra vez a la carga el locutor, persuasivamente sentimental, hablando con desgana, muy bajito, como si le diera un asco horrible sacarle el dinero al país para sus campañas caritativas:

—Ya sé que me está usted escuchando. Ya sé que quizá se ría usted de nosotros. Pero esto no es caridad. Es amor, solidaridad... ¡Sí, solidaridad! Lo diré más claro, porque hay algunos que todavía no se han enterado: solidaridad.

Y chupaba la palabra solidaridad como si fuese un caramelo de menta.

Sólo al cabo de muchos minutos me enteré para qué querían reunir aquel dinero, para qué tanto amor, tanta caridad, tanta fraternidad, tanta igualdad, tanta solidaridad. Otra vez, con voz queda, como si alguien en la emisora estuviera durmiendo y no quisiera despertarlo, salió el locutor, cuando hubieron hablado desde la calle, a través de la emisora móvil, dos serenos, un cerillero y un señor que pasaba por allí:

—Sí, depende de usted, no le dé más vueltas. Para que Angelita, para que esa niña de Manzanares, pueda ser operada en Helsinki, para que Angelita vuelva a ver, sólo

depende de usted, de esas cuatrocientas cinco pesetas con veinte céntimos que nos quedan por recaudar esta noche. Sí, ¡en esta noche! Porque si no... Si no, Angelita, que ahora nos estará escuchando y estará esperando que usted piense en ella; porque si no, Angelita se irá a la cama sabiendo que nunca más verá. Pero no, Angelita dormirá tranquila y con alegría allí, en Manzanares. Porque esta noche vamos a conseguirlo. Sí, vamos a con-

seguirlo para ti, Angelita. Para que Angelita, en Manzanares, después que la operen en Helsinki, vuelva a ver. Ese es el dinero que cuesta la operación, el que vamos a reunir entre todos: trescientas mil pesetas. Una operación que solamente puede hacer ese doctor del que antes hemos hablado, de Helsinki, propuesto para el Premio Nobel por su ciencia y por su amor y por su solidaridad con la Humanidad. Sí, señor que me está escuchando, todo depende de usted...

Cerré la radio. Pensé que aquello tendría que estar prohibido. Pero no me refiero a que debiera estar prohibido el que se jugara

así con la cartera y el corazón ajenos. Lo que quiero decir es que debiera estar prohibido que los doctores tan sabios y tan próximos al Premio Nobel, que viven en Helsinki, cobraran trescientas mil pesetas por una operación.

Por si las moscas, el martes que viene no pondré la radio. Quizá no tenga solidaridad con Angelita, la de Manzanares, no sé. Lo que sí sé es que no estoy dispuesto a participar en una colecta para comprarle otro yate al doctor de Helsinki, que el que tiene es modelo 1970.

ANTONIO BURGOS

